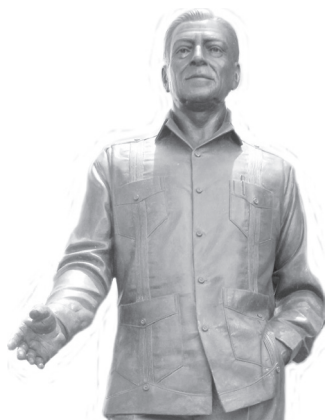




Toda una dama

(9 de febrero de 1964)

PLAZA CULTURAL DE
DIARIO DE COLIMA



Ágora

VIÑETAS DE LA PROVINCIA ► 4

2585

DOMINGO 15 DE MARZO DE 2020

90 ANIVERSARIO Vista del mural *Prometeo*, de José Clemente Orozco, desde el refectorio del Frary Hall en el Pomona College, California. Fue el primer mural mexicano realizado en Estados Unidos, en 1930.



ESCRIBEN: Jaime Velasco, Eréndira Cortés, Ángel Gaona, Magda Escareño, Salvador Velazco, Angélica Mercado, Leopoldo Barragán, León Mendoza, Noé Sampedro, Julio Zamora y Carlos Caco Ceballos.



A las nueve en punto

Prometeo

Salvador Velazco

Prometeo de José Clemente Orozco es la mejor pintura en América del Norte. Jackson Pollock

Desde hace poco más de veinte años soy profesor en el Departamento de Lenguas y Literaturas Modernas en Claremont McKenna College. Este college forma parte de un consorcio de cinco universidades privadas especializadas en las artes liberales (humanidades, lenguas, ciencias sociales, matemáticas y ciencias naturales). Se conocen como los Claremont Colleges y se encuentran a 56 kilómetros de distancia del centro histórico de Los Ángeles, California. Una de estas cinco universidades es Pomona College, la cual tiene una verdadera joya en su refectorio del Frary Hall: *Prometeo*, el primer mural mexicano realizado en Estados Unidos.

Cuando se dio a conocer a principios de 1930 la noticia de que José Clemente Orozco pintaría un mural en Pomona College, la prensa local publicó cartas de lectores que se preguntaban con tono airado por qué se le daba ese espacio a un mexicano y no a un artista estadounidense de prestigio. José Pijoán, un profesor de historia del arte del college, quien había hecho la invitación a Orozco, respondió a las críticas diciendo que simplemente se necesitaba una persona que supiera pintar frescos. Así, el artista jalisciense pudo realizar su *Prometeo*, el cual concluyó en junio de 1930, dos años antes de que otro muralista mexicano, David Alfaro Siqueiros, hiciera *América Tropical* en la calle Olvera del distrito histórico de Los Ángeles.

En el centro del mural se destaca un musculoso y poderoso titán que tiende las manos hacia lo alto para robar el fuego a los dioses; a sus costados, una multitud de personas parece contenta de recibir el regalo; sin embargo, otra parte de la muchedumbre se muestra indiferente y pasiva, acaso con miedo. En los paneles laterales, se puede observar los pasmados rostros de Zeus y Hera y de otras extrañas figuras mitológicas que observan estupefactas la acción del héroe. Los colores van de cafés y grises a los brillantes tonos de las flamas que las manos de Prometeo intentan aprisionar. Sin duda, el simbolismo del mural es adecuado para una institución universitaria que tiene la misión de proporcionar educación y conocimiento a sus estudiantes.

Con todo, es posible también ver en ese mural una alegoría del propio Orozco, un artista solitario y con pocos recursos económicos que en ese tiempo luchaba por dar a conocer su arte en Estados Unidos, enfrentado sin

duda a un público a veces hostil e indiferente, de la misma manera en que reaccionó parte de la multitud cuando Prometeo les entregó el fuego. El muralista, como un titán, luchaba por encontrar muros en donde plasmar su universo artístico. Dejaba así Orozco ya una constancia de este importante símbolo que años más tarde formaría parte culminante de su mural, *El hombre en llamas* (1938-1939), en la bóveda del Hospicio Cabañas en Guadalajara: el hombre prometeico que asciende envuelto con el fuego divino.

En busca de un muro es el título, precisamente, de una película de Julio Bracho dedicada a la vida y obra del artista nacido en 1883 en Zapotlán, Jalisco, la ciudad de mi infancia. Realizado en 1973, el filme tiene como protagonista a Ignacio López Tarso en el papel de José Clemente Orozco y a Irán Eory como Alma Reed, la periodista del *New York Times* que ayudó al mexicano a abrirse paso en Estados Unidos. Reed es la famosa “peregrina” de la canción, quien se enamoró del gobernador yucateco Felipe Carrillo Puerto.

Algo interesante de esta película es que el equipo de filmación grabó secuencias en locaciones de ciudades como Nueva York y San Francisco, así como de los Claremont Colleges. Siempre me divierten las expresiones de asombro de mis estudiantes cuando les pongo la escena en que López Tarso llega al campus de Pomona College, listo para empezar a trabajar en el mural. Como que no dan crédito a sus ojos.

Una vez al año, como si fuera un ritual, llevo a mis estudiantes a que reconozcan el mural de José Clemente Orozco. Digo *reconocer* porque muchos de ellos ya han visto el *Prometeo*, así sea de paso o de reojo, cuando toman sus alimentos en el refectorio. Pero lo que me interesa a mí es hacerlos plenamente conscientes de la contribución de artistas mexicanos al arte de este país que es a un tiempo compleja y cautivante.

En este sentido, fue una excelente noticia saber de la exposición que abrió sus puertas el pasado febrero, “Vida americana: Los muralistas mexicanos rehacen el arte estadounidense, 1925-1945”, en el Museo Whitney de Arte Americano en la ciudad de Nueva York. No solo José Clemente Orozco, sino Diego Rivera y David Alfaro Siqueiros, para nombrar a los más conspicuos, crearon un conjunto de frescos en varias partes de Estados Unidos que dejaron profunda huella en jóvenes artistas chicanos y anglosajones.

Bienvenida esta exposición a los 90 años del mural de Orozco. Es una historia que merece ser recordada una y otra vez.

Vista del panel central del mural *Prometeo*, de José Clemente Orozco.

Detalle del mural. Zeus, Hera e Ío convertida en una ternera.



La gente alrededor de Prometeo, en otro detalle del mural.



El refectorio en el Frary Hall.



Hasta los tímpanos

Encuentros

Eréndira Cortés

Para encontrar algo perdido, hace falta la casualidad o quizá la causalidad, pues es probable que eso nunca se te haya extraviado, sino que jamás fue tuyo, pero a la vez siempre estuvo ahí para ti, nunca se fue. Como esa canción que escuchas de paso, y cuando preguntas ¿de quién es? No responde ni el silencio. Quizá la tonada permanece un tiempo hasta que pareciera desvanecerse, pero en el fondo se queda una parte de ti como inquieta. Tampoco la gente se va, solamente anda en su propia búsqueda. No somos de nadie, venimos nada más a compartir un momento tal vez fugaz, pasajero, a veces más prolongado.

Antes sucedía frecuentemente, la tecnología todavía no te resolvía la vida en la misma medida. Había dos caminos, o preguntabas hasta el cansancio o esperabas volverla a escuchar a ver si alguien, un locutor o algún amigo, te daba el dato. Escribías cartas o telegramas, hacías un par de llamadas si era el caso, cuestionabas a los conocidos para obtener razones y después quedaba nomás la espera.

Pero la espera no es una pausa, ni es quietud. No vas a dejar de escuchar música sólo porque no encuentras una canción; al contrario, el chiste es dejar que por los oídos se cuelen todo tipo de ritmos, que pasen como peces por la red, así es más probable que llegue la indicada. No te quedas en casa a ver si esta vez tocan a la puerta o suena el teléfono. No podemos saber si jamás volveremos a escucharla o puede resultar que no sea la gran cosa.

Ahora es distinto, hay muchas maneras de averiguar paraderos, de seguir el rastro; estamos a unos cuantos clicks de distancia que se pierde el asombro.

Además, si no pudimos dar con una pieza musical ¿no será porque acaso aún no estábamos listos para descifrar su mensaje?

Nunca creí que a estas alturas de conectividad tendría que pasar por eso de nuevo. Me parecía curioso que más o menos a la misma hora la pusieran en la radio, empezaba con los últimos destellos del sol y cuando terminaba ya había que encenderle las luces al carro. Casi me aprendía el coro pero todavía no sabía su nombre; no le di más importancia, en cualquier momento van a decir de quién es o le pediré al celular que detecte cuando la vuelvan a tocar, pensaba.

Cuando me di cuenta habían pasado meses, ya no recordaba la tonada y la radiodifusora tuvo que cerrar. Quise investigar, pero era inútil, no tenía información suficiente salvo que era en español, que parecía rock latino y tenía un ritmo muy movido. Me pasé horas en el buscador a ver si acaso con palabras clave podía localizarla, como había hecho con otras. Me tuve que quedar con esa espina porque fue en vano, la di por perdida. Seguí mi vida, pues qué otra cosa podía hacer.

Un día comencé a escribir esto y lo dejé a medias. Semanas después pongo un tema y dejo corriendo la reproducción aleatoria, me gusta lo que trae la marea. En una de esas comienza un acordeón y me parece reconocer lo que está tocando, me río como diciéndome: ahí está lo que andabas buscando. De inmediato supe que no era la original, sino un cover de Julieta Venegas, pero fue más que suficiente. Después de tantos años sólo vino a decirme con otra voz: “Déjame atravesar el viento sin documentos...”, no necesité más explicaciones.

Sí

Angélica Mercado

Todas decimos sí. Sí al llamado a hacer comunidad, sí a entender y practicar el significado de ser colegas, sí a compartir conocimiento, inquietudes, dudas, experiencias y claro, imágenes. Somos mujeres que encontramos en la fotografía el medio ideal para ser, así como somos: diversas, complicadas, soñadoras, indecifrables, hermosas, impulsivas, empáticas, impacientes, sororas.

Cuando Alejandra Herrera me invitó a ser parte de la comunidad de Fotograferas, respondí instantáneamente que sí. Su iniciativa no sólo considera agrupar fotografías que interactúen en un espacio virtual donde se pueda difundir nuestro trabajo y propuestas, o bien, resolver dudas técnicas, también se ha creado una oportunidad

para hacer equipo y juntas, proyectar lo que más nos mueve.

Nuestro primer encuentro fue como estar bajo una lluvia de ideas, el entusiasmo de todas me hizo ver y sentir cuánto necesitábamos esta oportunidad. Las emociones desfilaban, con la prisa que nos distingue, y con cámara en mano, enfocamos nuestras lentes hacia todas partes, donde no hay límites ni solitud.

Sí, todas dijimos que sí y en un alegre instante, nos reconocimos.

La fotografía nos permite decir sin tapujos, presentarnos como somos en privado, compartir desde lo más íntimo para crear un exterior diferente y gracias a esta comunidad tan diversa, estoy segura de que lograremos avances significativos como fotografías, desde y para el Sí.

Sí, isomos Fotograferas!



Foto de Gustavo Vilchis.



VIÑETAS DE LA PROVINCIA

Toda una dama

Don Manuel Sánchez Silva

(9 de febrero de 1964)

Después de una prolongada enfermedad, murió recientemente en Guadalajara Leonor Barreto, descendiente de estimables familias colimenses y persona verdaderamente excepcional por numerosos motivos.

Hija única mujer, primogénita de un honorable matrimonio constituido por el señor don Manuel Barreto y doña Nacha Correa, desde niña se erigió Leonor en segunda madre de sus seis hermanos menores, sobre quienes ejerció siempre una autoridad en la que se dosificaron armónicamente el ejemplo de recias virtudes morales, con la severidad necesaria para corregir defectos, y la ternura abnegada que derramó sobre su familia a través de toda su existencia.

Cuando era apenas una jovencita, sufrió Leonor tres rudos golpes del destino, sucedidos en el transcurso de poco tiempo: murió su padre, sin legar herencia alguna; luego Manuel, el mayor de los hermanos, se ausentó de Colima con el propósito de buscar fortuna en Norteamérica y nunca regresó; y después falleció la mamá, quedando la muchacha con la tremenda responsabilidad de improvisarse en cabeza de familia y sostener y educar a sus cinco hermanos menores.

Desde la muerte de don Manuel, Leonor había inducido a su madre a establecer una casa de asistencia, en cuya organización exhibió sus admirables cualidades de iniciativa, sentido del orden y entereza inquebrantable. Gracias al pequeño negocio fue posible que ella y los suyos subsistieran y se enfrentaran con decoro a las exigencias de la vida. Poco después de perder a su madre, Leonor convirtió la modesta casa de asistencia en el hotel Fénix, que primeramente ocupó el edificio de dos pisos que la familia Romero-Morrill posee en la avenida Madero y después cambió a la amplia finca donde ahora se encuentra la Casa Negrete.

Tanto en lo moral como en lo físico, Leonor fue una mujer admirable: de elevada estatura y de gallardo porte, de bonitas facciones, donde la mirada franca y riente de sus ojos grandes y verdes iluminaban el semblante y lo impregnaban de gracia, constituía una personalidad sugestiva. Contribuían a hacerla fascinante su inteligencia aguda, su exquisita conversación y don de gentes, su alegría inagotable —manifiesta en ocurrencias oportunas y frases rebosantes de una ironía de buen gusto— y sobre todo su incorruptible honestidad, signo característico que la hizo respetable y respetada.

Con semejantes atractivos, Leonor despertó simpatías, cariños y pasiones. Fue requerida y solicitada con asedio, pero ella, que por encima

de cualquier interés personal, ya fuera sentimental o económico, colocaba el deber de atender a sus hermanos, sacrificó a ellos todas las oportunidades matrimoniales que se le presentaron y, sin reproches para nadie ni arrepentimientos para sí misma, fue dejando correr el tiempo, y con él su juventud, entre la vigilante dirección de su familia, el cultivo de sus amistades y el incremento de su negocio.

Hará 20 ó 25 años, Leonor resolvió radicarse en Guadalajara, con el propósito de ampliar sus actividades. En la capital jalisciense rentó una casa ubicada frente al jardín San Francisco y la transformó en casa de asistencia, que desde su fundación fue el amable y obligatorio club de los colimenses que, por negocios o distracción, tenían que permanecer en la ciudad tapatía.

Ahí se hospedaban sus paisanos, no tanto por conveniencias de precio, cuanto por disfrutar de la cordialidad de Leonor, que vivió prodigando sus inagotables caudales de alegría y fuerza moral.

Y ahí iban continuamente sus hermanos, ya hombres y jefes de familia, a seguir solicitándole su consejo y a poner en sus manos sus problemas, inquietudes y sufrimientos, con la seguridad de hallar la idea inteligente y salvadora y el estímulo indispensable para imponerse a los contratiempos.

Hace diez años comenzó a sentirse enferma. El médico diagnosticó: “¡Cáncer!” —palabra de funesto significado, equivalente a una sentencia de muerte y que por sí misma doblega y agobia.

Leonor fue una excepción: gustosa aceptó sujetarse a todos los tratamientos que se le prescribieron. Aun cuando desde un principio supo que su mal era irremisible, su entereza y temperamento festivo la sostuvieron, sin que jamás hubiera caído en la desesperación o en el abatimiento.

Sus últimos años los pasó entre crisis dolorosas —que la obligaban a largas reclusiones— y pasajeros retornos a la “normalidad”.

Un mes antes de morir, ya muy enferma y demacrada, todavía encontraba en su indomable energía recursos para visitar templos y para atender a sus amistades, con derroche de cortesía y buen humor.

Por fin, el mal acabó por vencerla. Murió conservando el conocimiento hasta el último instante, ratificando en el supremo término de su vida lo que había sido en su transcurso: una dama, una verdadera dama premunida de todas las excelencias espirituales que la hicieron ser centro y pivote de cariño y admiración en quienes la conocieron y tuvieron el privilegio de tratarla. Descanse en paz.

* Periodista, escritor y fundador de Diario de Colima.†



Ilustración de Clarence Cole Phillips.

Leonor fue una mujer admirable: de elevada estatura y de gallardo porte, de bonitas facciones, donde la mirada franca y riente de sus ojos grandes y verdes iluminaban el semblante y lo impregnaban de gracia, constituía una personalidad sugestiva. Contribuían a hacerla fascinante su inteligencia aguda, su exquisita conversación y don de gentes, su alegría inagotable y sobre todo su incorruptible honestidad, signo característico que la hizo respetable y respetada.

Amor imposible

Ángel Gaona

La vi sólo unas veces, las suficientes para darme cuenta de que yo también le gustaba. O cómo interpretar ese duelo silencioso, declarado, donde los dos sosteníamos las miradas sin que ninguno intentara disimularlo. Me gustaba mucho su piel oscura, sus piernas torneadas que se dejaban ver debido a que usaba minifaldas muy cortas. Callada, con la arrogancia de quien se sabía diferente al resto de la gente del pequeño pueblo, donde coincidimos una temporada en la que yo vivía allí, con familiares que me daban hospedaje en mi calidad de estudiante preparatoriano.

Un día pregunté a mis primas el nombre de aquella muchacha que veía pasar desde la ventana de la casa.

¿Te gusta?, dijo una de ellas.

Mi silencio terminó de evidenciar lo que ellas ya habían adivinado. Desde ese momento comenzaron los comentarios y las burlas al respecto. Ella, o mejor dicho, su nombre, se convirtió en el mejor pretexto para restregármelo a cada rato, con frases hechas a propósito de su apelativo. Lo pronunciaban y repetían sin saber que lo único que conseguían era alejarme para siempre de mi amada.

Se me fue haciendo insoportable, sólo por eso, nunca me atreví a acercármele para decirle todo aquello que me habría encantado sacar de mi recién enronquecido pecho. Tenía una edad en la que esos pequeños detalles derrumban cualquier osadía. La inmadurez exacerbaba los prejuicios al punto de paralizarte.

A manera de consuelo, hoy le escribo a esa muchacha a la que nunca dije ni escuché decirme nada. Algo que seguramente hubiese atesorado. Yo, aún no estaba preparado para lidiar con esas nimiedades, en aquel tiempo, me parecía terrible que una que me gustaba tanto pudiera llamarse así, como ella se llamaba. Desde aquí, le pido perdón y la nombro una de mis musas predilectas. Y además, prometo escribirle un poema que la reivindique y le aclare para siempre que llamarse “Pancha”, fue justamente lo que se interpuso entre nosotros.

El dilema de los vivos

Julio César Zamora

Con angustia en su mirada, una mujer me preguntó cómo me gustaría morir. Y de inmediato me hizo recordar a aquel tipo que encontré en la calle a medianoche, gritándome desesperado dónde estaba la muerte. Pero esa es otra historia. La muchacha que lanzó semejante cuestionamiento traía un mal de amores, o más que eso, una encrucijada por dos varones. La complejidad de su dilema la llevó a pensar en un final trágicamente bello. Siguiendo su romanticismo shakespeariano, recordé un hermoso verso de un poema de Vallejo, *Moriré en París con aguacero*. Esa fue mi respuesta. Soltó la risa, una sonrisa que seguramente ha cautivado a ese par de jóvenes que ahora la alteran y la única alegría manifiesta tras contarme su historia. Luego dijo: Necesito un viaje, ¡sí! Distraerme sin pensar, pero eso sí, a donde vaya llevaré un paraguas. Y a usted, espero que le falte mucho tiempo para ir a París. Pero si acaso va pronto, ojalá que no le llueva.



Embrionario

Magda Escareño

ABRAZADERAS:

I Abrupto despertar:

En avenidas el silencio y el ruido en los ojos resguardados entre las manos. Parir las señales que destrazan el tiempo que se vive sin vivirse. Cada paso un secreto tan visto que desnuda y estrella los espejos. La prisa, la que congela los instantes. La modernidad repitiendo cada cosa.

Love of my life

Noé Ranferi Sampedro Hoyos

Indefinible -dijo. Hubo un silencio, dio un trago al café. Saboreó. Otro silencio. No lograba concentrarse en las tareas correspondientes al día, entonces habría retrasos en las organizaciones de la semana, del mes. ¡Bah! -dijo. Se levantó de la silla, del escritorio, y fue a echar una mirada por la ventana. En el jardín de enfrente los niños jugaban. El ardor implacable del medio día colimote cedía. Volvió al escritorio y escribió en una hoja: Entonces cualquier intento que se pudiera dar para definir lo indefinible sería indefinible. Pero hoy es martes, mañana miércoles, y luego un jueves, y luego un viernes. Un jueves, un viernes, en referencia al año en turno. 2020. Dosmilveinte. D o s m i l v e i n t e. ¿De qué? De un hecho: la muerte de cristo. Pero si murió tuvo que nacer, en un lugar, en un día. Y si nació alguien tuvo que darle vida. Referencias referentes. Y alguien dando vueltas al espejo circular. Espejo suelo gigantesco. Espejos reflejando espejos intentando no dejar morir una chispa alguna vez viva, alguna vez vista... escribió: Entonces cualquier intento que dijéramos para definir lo indefinible sería vano, más no inútil. Prepare, pues, su saliva más sabrosa, revuélvala con amargosísimas pastillas de color extático y comience a pintarle un bonito paisaje al calendario. Mientras lo hace observe los pensamientos que le vienen, obsérvelos pasar como desfile de mujeres dulces que le inventan, que le invitan entrar al templo, al recinto fúnebre, pero quédese con una sola, defínale con promiscua prolijidad las palabras referentes a la razón de su interés. Después continúe en los días con promiscua ineptitud y sospechosa hipocresía. Ámele.

Aranjuez

Jaime Velasco

A mi primo Arturo Díaz

Jonás compró su boleto hacia la ciudad capital. La pequeña ciudad tropical se encontraba dismantelada en asuntos culturales. Su cartera se había minado en un setenta por ciento en tres meses, luego de que volviera del norte, después de haber trabajado varios meses como lavador de barriles. Tenía sus dudas respecto de aferrarse a su profesión, el teatro. Entonces se dijo: - Vas en tono de sondeo. *Nada se gana forzando las cosas*. Conversar con los colegas de antes. Medir cómo fluye la ciudad. Y así lo hizo.

Estuvo mes y medio en la urbe más poblada del continente. Y disfrutó en demasía su estancia de seis semanas. Un primo querido lo hospedó en su casa de Cirujanos. Esa casa le traía gratos recuerdos... Y la memoria de Jonás se fugó a los años ochenta. Entonces vivía en Mártires de Tacubaya. Era un estudiante de teatro. La casa de Tacubaya fue un tiempo estudio de artistas plásticos, que luego de volverse famosos, lo abandonaron sin más. Fue entonces que Jonás llegó allí, gracias a su maestro el *Cuervo*. La casa fue derrumbada en 1988, justo un par de meses después de que Jonás terminara sus estudios de actuación.

Ahora en esa esquina hay un alto hotel de cinco estrellas, de al menos veinte pisos. En aquel entonces era una casona de altos techos y pisos de madera. Cuatro habitaciones se interconectaban por puertas dispuestas entre muros. El actor compartía el estudio-casa con dos amigas de la prepa que llegaron de la provincia en las mismas fechas, y con un amigo del *Cuervo*, un excelente mesero de restaurantes de primera. Un par de días a la semana, Héctor llegaba con tres postres para compartir. "Y mis amigas y yo agradecíamos a los dioses de la buena fortuna, el vivir en una casa de película".

Es preciso mencionar que uno de los mejores directores de hoy en día, estrenó su primer montaje en esa casa fantasmal, de altos techos y muros anchos de adobe, con el debut del gran actor Cobos, y la asistencia técnica de Jonás. El protagonista de esa extraña obra era un hombre solitario, que compartía su vida con un triste gato... Los pensamientos de Jonás retornaron al presente, treinta y dos años después.

El plan era recorrer y disfrutar la imponente ciudad capital. Y todos los días de ese mes y medio, Jonás caminó lo largo y ancho de sus calles, luego de transportarse en metro para salir en ciertos destinos: la Alameda, el Zócalo, Polanco, Bellas Artes, la Unidad del Bosque, la Cineteca, el monumento a la Revolución, la glorieta de Insurgentes, Tacubaya, el Centro de las Artes, Coyoacán, el Castillo de Chapultepec... Jonás midió la ciudad y sus posibilidades. Muy pronto cayó en la cuenta de que las cosas se miraban tan complicadas como en la provincia. Los grupos de teatro estaban de capa caída, esperando a

un tal Godot. Entonces Jonás se dio cuenta de que su pequeño ahorro era insuficiente para instalarse y encontrar trabajo como actor en la descomunal ciudad capital. Había que, necesariamente, volver al norte, con su familia, y al menos trabajar por diez largos meses como lavador de barriles...

Jonás tenía tiempo escuchando todas las noches el concierto de Aranjuez... No sabía el porqué. ¿Acaso importaba? Lo escuchaba a través de su celular. Antes de dormir se permitía viajar en su imaginación bajo las notas del famoso adagio. En la ciudad angelina, a mediados del dos mil diecinueve, Jonás encontró nuevos ecos en los arpegios del compositor español, Joaquín Rodrigo. Entonces era lavador de barriles en una fábrica de cosméticos. Ese trabajo lo realizó por espacio de siete meses y medio; y así pudo darse el lujo de vivir como turista por tres meses y medio en la tierra del espejismo, su ciudad tropical; y por seis semanas en la imponente metrópolis. En su vida había gozado de tanta vacación...

Luego de darle vueltas al asunto de Aranjuez, Jonás ata los cabos del porqué lo escucha todas las noches. Aranjuez es para él, una tierra lejana, que le produce tranquilidad. Las cuerdas y los instrumentos de viento evocan... sí, épocas doradas. El diálogo entre la guitarra y el corno inglés en su segundo movimiento, lo transportan a la región de la belleza, de la armónica existencia. Sí, allí hay también melancolía, pena y dolor, como en la vida misma. Al final del adagio, se instala el alivio, la calma, la anhelada paz. Entonces, Jonás, luego de haberle dado darle vueltas al asunto, logra atar todos los cabos sueltos de su vida. Jonás recuerda que a los dieciséis años pactó con los dioses del Olimpo su vocación teatral. Ahora, cuarenta años después, Jonás se reconoce fiel a su pacto. Y sobre los arpegios de Aranjuez desfilan por su memoria, los personajes que otrora representara en los escenarios de su amplia trayectoria:

El palomo de Cri Cri, Sancho Panza de *Don Quijote de la Mancha*, el hombre de paja de *El mago de Oz*, Euclitón de *La comedia de la olla* de Plauto, el sacerdote de Caxitlan, el viejo Luka de *Los bajos fondos*, el director de los cómicos de *Sueño de una noche de verano*, el Fausto de Marlowe, Andrés de *Los signos del zodiaco*, Johan el pintor de *La hora del lobo* de Bergman, Fernando de *El príncipe constante* de Calderón de la Barca, Alberto de *La danza que sueña la tortuga*, el Indio Alonso de *Vicente y Ramona*, Peter de *La historia del zoológico*, Adrián Barajas de *El rastro*, el maestro de *La lección* de Ionesco, Pierrot de *La muerte alegre*, Ricardo Freire de *La representación*, Iván Ivánovich de *Sobre el daño que hace el tabaco*, Jaime Velasco de *Vengando a Pessoa*... Jonás duerme feliz todas las noches escuchando la maravillosa orquestación de Aranjuez, sabedor de que otros personajes lo alcanzarán en un futuro cercano.



Pueblo místico

Leopoldo Barragán Maldonado

Hace ya más de un lustro que frecuentemente recorro el tramo carretero que va de Dolores Hidalgo a San Miguel de Allende, dos de los siete pueblos mágicos del estado de Guanajuato, enclavados en lo que se conoce como la 'ruta del vino', destacándose no sólo por su papel histórico que jugaron en el movimiento de Independencia, sino también por su arquitectura, gastronomía y artesanía. En mis continuas andanzas por aquella zona observaba el letrero que indica la desviación para llegar al poblado de Atotonilco, lugar que me llamaba la atención al relacionarlo con la figura del Cura de Dolores.

Sólo hasta el pasado mes de febrero pude visitar en dos ocasiones el pequeño pueblito de Atotonilco, cuya palabra de origen náhuatl significa 'lugar de aguas calientes'. Si bien su principal atractivo turístico es el Santuario de Jesús Nazareno, templo de estilo barroco construido por iniciativa del padre Luis Felipe Neri de Alfaro en el año 1740, mientras que el legado histórico de Atotonilco radica en el hecho de que el héroe nacido en la Hacienda de Corralejo, tomó de dicho templo el estandarte con la imagen de la morena del Tepeyac, para alentar a las tropas insurgentes. Pero Atotonilco, más allá de ser un referente turístico, ubicado entre aquellos dos pueblos mágicos, es, según mi percepción, un 'pueblo místico'. No es lo mismo 'pueblo mágico' que 'pueblo místico'. El primero se ajusta a criterios convencionalmente aceptados; mientras que el segundo adquiere tal rango con sólo una pizca de sentimiento y espiritualidad. Antropológicamente la 'magia' es control de los poderes divinos; mientras que la 'mística' es inmersión en la divinidad. El interiorismo de corte agustiniano marca la pauta en el tránsito de lo mágico a lo místico.

Lo místico, por su propia naturaleza, indica jerarquía sobre lo mágico, tanto en su dimensión estética como religiosa, los templos románicos y las catedrales góticas lo atestiguan. En el caso de Atotonilco, la pintalada mística no está delineada sólo por los murales de Antonio Martínez que le dieron al Santuario el renombre de la 'Capilla Sixtina' de América, ni por los cantos gregorianos que se escuchan en su interior, como tampoco por la emotiva escultura del Señor de la Columna, esto es una parte del todo; es cierto que el Santuario invita a la retrospectiva, pero no todo ensimismamiento quiere decir actitud mística. La mística no es corazón cerrado, sino abierto, no es conciencia atrancada, sino destrancada.

La mística no es reflexión, sino contemplación y esfuerzo de identificación divina, así como la describió Nicolás de Cusa en su opúsculo *De la búsqueda de Dios*: "el que anda buscando a dios debe considerar atentamente de qué manera en este nombre 'theos' se halla implícita una cierta vía para buscarlo, en la que se encuentra a dios de forma que pueda ser alcanzado. 'Theos' se dice de 'theoro', que quiere decir veo y corro. Así pues, el que busca debe correr por medio de la vista de forma que en todas las cosas pueda tocar el 'theon' vidente".

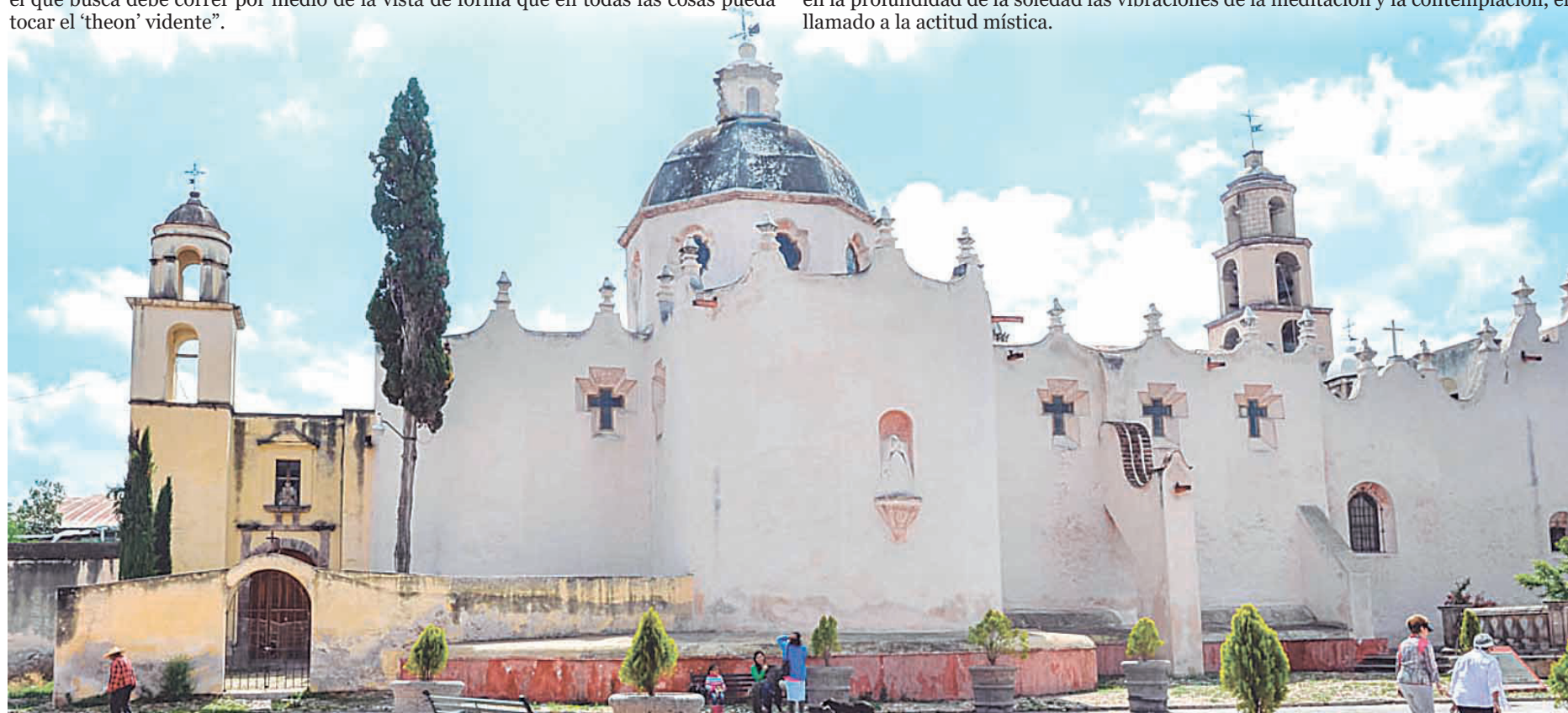
Entonces la mística es una predisposición a ver lo que es invisible, a escuchar lo inescuchable y a tocar lo intocable. Una cosa es escuchar el sonido del hacha cortando el tronco, y otra escuchar el sonido que el tronco emite al ser cortado; como una cosa es escuchar la lluvia al caer sobre las flores, y otra escuchar como las flores abren sus hojas. Lo primero es sensible, lo segundo supra sensible. Afirma Nicolás de Cusa: "podrás correr por este camino, a través del cual se encuentra a Dios sobre toda vista, oído, gusto, tacto, olfato, sensación, razón e intelecto (...) todos estos reyes tienen como misión el discernir, observar o contemplar –'theorizar'– hasta llegar al rey de reyes, que es la misma contemplación y el mismo 'theos' o dios".

Los entornos son fundamentales para la experiencia mística, en mi opinión existe una diferencia entre lo 'mágico' de San Miguel de Allende, y lo 'místico' de Atotonilco, la atmósfera de este pueblito es una invitación al desapego material, a lo que en otros espacios he llamado como el 'des-asirse', o sea, soltar el lastre de las cosas. Al respecto, el maestro Eckehart escribió en *El Libro del consuelo divino*: "cuanto más pobre sea el alma, menos criaturas contendrá y más vacía estará de todo lo que no sea Dios (...) más se unirá a Dios y llegará a contemplar a Dios".

La urgencia de las prácticas ascéticas como medio para transitar por las vías místicas, ha originado desviaciones en la ortodoxia religiosa, un ejemplo lo tenemos con el propio maestro Eckehart, al condenarle varias de sus proposiciones teológicas. Como ejemplo mencionemos la siguiente: "En los hombres que no aspiran a nada, ni al honor ni al provecho, ni a la santidad, ni a la recompensa, ni al cielo, en los hombres que han renunciado a todo esto, incluso a lo que es Suyo, en tales hombres es Dios honrado".

La mística es energía espiritual, simbiosis de lo explicable e inexplicable, combinación de lo comprensible e incomprensible para el entendimiento, por algo se dice que cuando el padre Neri trazaba los cimientos de la capilla, tres arcoíris aparecieron en el lugar. Nicolás de Cusa, en su obra *La Docta Ignorancia*, lo advirtió: "el entendimiento, que no es la verdad, no comprende la verdad con exactitud, sin que tampoco pueda comprenderla, aunque se dirija a la verdad mediante un esfuerzo progresivo infinito". La mística no necesariamente se circunscribe a la dimensión religiosa, sino que se despliega por la naturaleza.

Atotonilco presenta características singulares, por una parte sus ruinas y callejones solitarios, así como los escasos puestos artesanales que venden indumentarias simbólicas para el arrepentimiento y penitencia de las conciencias afligidas: coronas de espinas, escapularios y disciplinas para la autoflagelación; pero por otra, su medio ambiente árido, polvoriento, semidesértico, solitario y silencioso le concede el toque especial para percibir en la profundidad de la soledad las vibraciones de la meditación y la contemplación, el llamado a la actitud mística.



DE LEJOS Y A MI ALREDEDOR

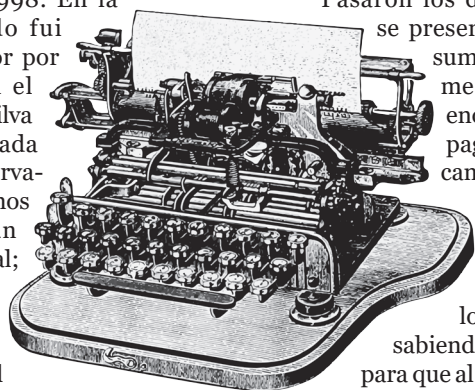
Usando el criterio

Carlos Caco Ceballos Silva

INVIERNO 1998. En la feria, cuando fui administrador por seis años en el gobierno de Pablo Silva García, por la década de los setenta, observaba y veía que algunos puesteros desde un principio les iba mal; pocas personas se les veía comprando en su local, y era entonces cuando al terminarse ésta y empezaba el desmantelamiento, daba instrucciones a los cuidanderos y policía que se hicieran de la “vista gorda”, pues por la noche en que comúnmente se iban los que no podían pagar el “piso”, se hicieran los disimulados y los dejaran partir. Esto era, según mi leal saber y entender, una manifestación de criterio justo y práctico.

Por los años cuarenta fui investido de los ropajes, atributos y obligaciones de gerente de la sucursal del Banco de Zamora, en Tecomán. El señor Director me entregó las llaves de la oficina, parte de la combinación de la caja fuerte y una serie de hojas con la reglamentación que debería sujetarme. “Esto es básico, me dijo... en algunos casos use el criterio”. ¿Y qué es el criterio en estos casos?, “pues hay casos en que usted tiene que autorizar tales y cuales casos que no están contenidos en las circulares, o bien salirse de ellas siempre que sean el beneficio de clientes selectos y de la institución. ¿Me entiende? “Sí, estoy de acuerdo”, asentí.

Pasaron las semanas, y en el curso de una de ellas curiosamente se me presentaron dos casos: La señora de un buen cliente me solicitó un préstamo, ella no tenía línea de crédito y, según la circular X19, no podía otorgársele ningún préstamo, pero usé el criterio y lo autoricé. La otra fue que un consejero expidió un cheque, que al ser presentado no alcanzaba a cubrirse; pues bien, autoricé que se pagara. Como se ve, en ambos casos usé el criterio, pues pensé que la señora de aquel buen cliente lo había pedido solamente con la idea de no molestar a su marido, y en el segundo caso me supuse que fue una mera distracción del señor consejero, pues tenía tantos negocios que es normal que se equivocara expidiéndole un cheque sin fondos.



Pasaron los días y uno de ellos se presentó el buen cliente, sumamente disgustado, me platicó que se había enojado con su señora, pagó el préstamo y se cambió de banco. Y en el segundo se molestó el consejero, pues argumentaba que el cheque lo había entregado a sabiendas de que no pasaría para que al ser devuelto demostrarle al conocido que le pedía un préstamo que no podía hacérselo, por no tener suficientes fondos en el banco.

Pues bien, cuando el señor Director regresó en viaje de inspección y se enteró, me puso frente a la cara las circulares, llamándome la atención sobre el poco cuidado que demostré en ambos casos, a lo que yo débilmente argumentaba sobre el criterio que el mismo me había sugerido. Pero de nada me valieron la explicaciones y terminó aconsejándome que en adelante me atuviera exactamente a lo dicho en las circulares respectivas, y fue entonces cuando empecé a comprender que el criterio es uno don de los jefes, patrones y grandes políticos, y que de ninguna manera es premiado el empleado que alguna vez acierta al salirse de las órdenes, y ¡ay de él si el criterio que usó sale mal! Así es que quedamos que el jefe nunca se equivoca y siempre tiene la razón.

Allá por los años cuarenta, era todavía el propietario del Hotel Ceballos de Cuyutlán. Es semana de Pascua, acaba de llegar el tren. Doña Chuy, la dispensera en jefe, se me acerca y me dice al oído: “Llegaron muchos pasajeros y la leche no alcanzará”. Y yo, en el mismo tono de voz, le sugiero: “Use el criterio, pero eso sí, tenga mucho cuidado que hiervan bien el agua”. Este estilo de criterio seguido lo practicábamos y siempre lo consideré una medida sabia y prudente, pues de no hacerlo se hubiera implantado la molesta y vergonzosa discriminación. Darle leche a unos y dejar a otros sin el preciado líquido lácteo.

Moraleja: Si eres empleado, nunca uses el criterio; mejor practícalo en tu casa, donde se supone que eres el jefe.

* *Empresario, historiador y narrador.* †

Estrellas en el firmamento

León MENOZA

Su inocencia no le previno de la maldad que habita en una mano amiga la que junto a una sonrisa encierra la malicia. Que la inocente confianza no les deja notar que la misma perversidad no tiene rostro ni género. Que la inocencia la llevó a lo más oscuro de la psicopatía de alguien a quien en su oscuro corazón sólo le permite odiar. Sin importar quién sea aunque su tiempo haya sido corto su presencia será perpetua como estrellas en el firmamento dejándonos estar con ellos para recordarnos que la maldad es sólo eso maldad pura.

Sin permiso

Azul Sevilla

No tengo permiso para deambular sola, de día o de noche, ni por lugares solitarios, el Secretario de Seguridad me “recomendó” no hacerlo.

Le informo, señor Secretario, deambulo para ir al trabajo, porque tengo que caminar 20 cuadras para llegar a él.

Deambulo para llevar a mis hijos a la escuela, porque si los educo en casa también el sistema escolar protesta.

Deambulo para ir al mercado, porque tengo que comprar los víveres que se consumirán durante la quincena.

Deambulo para ir a casa de mi madre, porque ella no vive conmigo y tengo la necesidad de abrazarla.

Deambulo para ir al cine, porque me gusta disfrutar de cualquier película con mis hijos.

Deambulo por las calles de la ciudad, porque me gusta caminar, de que el sol tueste mi piel y el viento me despeine.

Foto de Alma Delia Chávez.